

CAPÍTULO 1

Casi era la hora de comer y Josuá y Jimona seguían pegados a la pantalla del ordenador mirando páginas y más páginas, en busca de alguna pista que les indicara dónde podría haber aterrizado el avión que despegó con la maleta infectada por Moho. No sabían qué buscaban pero rastreaban la red con la esperanza de que algo llamara su atención.

Fuera, en el salón, oían el movimiento de vasos y cubiertos que indicaba que estaban preparando la mesa para almorzar.

—¡Espera, sube un poco! —dijo Jimona.

Josuá movió el ratón para volver a la noticia que habían pasado.

—¡Ahí, fíjate! —Jimona señalaba con el dedo.

La niña indicaba una noticia en la que se hablaba de un extraño suceso en la República de Yibuti, un pequeño país situado en el cuerno de África. Según el texto, un avión completamente recubierto de un manto de color verde había aterrizado en el aeropuerto de la capital a solicitud de los pilotos, ante la imposibilidad de continuar su viaje a causa de problemas en el fuselaje y de algunos incidentes en la bodega de equipajes.

Debajo de la noticia aparecían diversos enlaces a temas relacionados. El primero que cliquearon les llevó a una noticia en la que se narraba cómo una empresa, había llevado a cabo la tarea de limpieza del avión. Sin embargo, lo que llamó la atención de los niños, fue algo escrito en la sección de comentarios. Alguien había escrito que la empresa en cuestión se había llevado una de las maletas y añadía un enlace a un blog.

—¡Vamos niños, es hora de comer! —oyeron que les llamaban desde el salón.

—Ya vamos mamá —dijo Josuá—. ¿Puede quedarse Jimona a comer con nosotros?

—Por supuesto —contestó la mamá de Josuá—. Ahora llamo a su madre para ver si le da permiso, pero id lavándoos las manos ya.

—Okey, ya vamos —dijo Josuá, mientras hacía clic sobre el enlace del blog.

La página tenía un formato muy rudimentario y en ella se podían ver fotos y textos sobre temas relacionados con Yibuti. El autor del blog, del que no había ningún dato personal, se autopresentaba como «el revelador» y prometía que en su blog publicaba lo que nadie más sabía o se atrevía a contar. Sobre el asunto del avión verde, había subido un vídeo en el que alguien, escondido detrás de unos matorrales y a mucha distancia, como demostraba el temblor de la imagen, grababa a un equipo de hombres ataviados con trajes aislantes y mascarillas, entrando en la bodega del avión y sacando una maleta recubierta por pelillos verdes para llevársela después en un todoterreno negro.

Justo cuando el vídeo terminaba, la madre de Josuá entró en el dormitorio y este cerró la página de inmediato.

—¡Pero bueno! No os he dicho que os lavéis las manos —dijo la madre enfadada.

—Perdona mamá, nos hemos distraído —se disculpó Josuá. Los dos niños se levantaron para dirigirse al cuarto de baño.

Cuando Josuá y Jimona llegaron al comedor se sorprendieron al ver que los padres de Jimona también estaban sentados a la mesa, mirándolos con caras divertidas.

—¡Papá, mamá, que sorpresa! —dijo Jimona.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Josuá mientras se sentaba también a la mesa.

Los padres de los niños les explicaron que habían decidido comer todos juntos porque tenían una noticia que darles.

El padre de Josuá tomó la palabra.

—Bueno, chicos, hemos estado hablando los cuatro, y como habéis sacado tan buenas notas en el curso y consideramos que sois maduros y responsables... —El padre de Josuá miraba a los demás adultos.

—¡Venga, papá! —le apremió Josuá impaciente.

Ahora quien tomó la palabra fue la mamá de Jimona.

—Pues hemos decidido pagaros el viaje para que podáis acompañar a Ana Belén en su viaje al parque de atracciones que le obsequiaron como ganadora del concurso.

—¿Qué os parece? —dijo la mamá de Josuá.

—¿De verdad? —Josuá no sabía qué decir.

—Pues claro —contestó la mamá de Jimona.

—¡Sois los mejores! —Jimona se abalanzó sobre sus padres para abrazarlos. Josuá hizo lo mismo.

—Venga, y ahora vamos a comer para celebrarlo —dijo el papá de Josuá, cogiendo el cucharón para comenzar a servir la comida.

CAPÍTULO 2

—No podía decíroslo, me hicieron prometer que guardaría el secreto —dijo Ana Belén desde el otro lado del teléfono.

—¿Así que lo sabías? —le recriminó con un falso tono de reprimenda Jimona, riéndose al mismo tiempo.

—Sí, lo hablaron con mis padres tras el concurso. ¿Qué dice Josuá, está contento? —preguntó Ana Belén.

—Que te lo diga él mismo, lo tengo aquí al lado —Jimona le pasó el móvil a Josuá.

—Hola, Ana Belén. —A Josuá le temblaba la voz. Cada vez que hablaba con ella o la veía unos nervios repentinos e incontrolables le recorrían todo el cuerpo sin saber por qué.

—Hola, Josuá, ¿qué te ha parecido la sorpresa? Cuando mis papás me los dijeron no me lo podía creer, va a ser un viaje maravilloso. Estar en Francia y en el Mundo Park es una pasada, pero hacerlo además con vosotros, ¡ya es lo más! Estoy súper nerviosa. No veo el momento en el que nos montemos en el avión.

Al otro lado de la línea Josuá permanecía callado.

—¡Hola!..., Josuá..., ¿estás ahí? —preguntaba Ana Belén, desconcertada ante el silencio.

—¡Trae para acá! —Jimona intercedió quitándole el teléfono a Josuá de las manos—. Ya sabes que este niño es muy raro —dijo la niña al aparato.

Pasaron unos minutos más de conversación y las dos amigas se despidieron con sonoros besos y el deseo impaciente de verse pronto.

—Oye, Josuá, ¿por qué te pones tan raro cada vez que hablas con Ana Belén? —preguntó Jimona a su amigo.

—No es eso —respondió Josuá

—¿Entonces qué? —volvió a interrogar la niña.

—Pues que hablando con ella me he dado cuenta de una cosa.

—¿De qué? —Jimona no sabía a dónde quería llegar.

—De que somos los únicos que sabemos que un mal se cierne sobre la humanidad y estamos comportándonos como si nada, programando viajes y hablando de parques de atracciones, pero Moho está por ahí y va a seguir intentando cumplir su plan de acabar con todo el alimento del mundo.

Jimona se quedó callada. Tras unos segundos pensativa dijo:

—¿Pero qué podemos hacer? Josuá, sólo somos unos niños. Supermendruguito se marchó para buscarlo, él lo encontrará y sabrá qué hacer. Nosotros no podemos hacer nada. Yo también estoy preocupada pero confío en nuestro amigo de pan. No pienses en eso y vamos a disfrutar de este viaje, por favor.

Josuá se pasó la mano por la cara y con un forzado cambio de actitud, dijo mientras cogía el ratón de su ordenador:

—Está bien, tienes razón, Supermendruguito lo solucionará, vamos a ver fotos del parque de atracciones.

CAPÍTULO 3

—Ya está mamá mandando mensajes —Josúa había sacado del bolsillo el teléfono móvil que sus padres le habían dado para que pudieran estar en contacto durante el viaje, avisado por el tono musical que acababa de sonar.

—Pero si no han pasado ni cinco minutos desde que nos han dejado en esta sala de espera —indicó Ana Belén, con la que ya se habían reunido. Los tres niños esperaban la hora del embarque de su vuelo para ir al deseado Mundo Park, el mayor parque de atracciones de Europa.

—Su madre es así —terció Jimona con una sonrisa, apartando la mirada de la revista que sostenía con su única mano.

—Vamos a ver qué quiere —Josúa desbloqueó el teléfono—. No es un mensaje de mamá.

—¿Entonces de quién? —preguntó Jimona.

—¡Es de Supermendruguito! —Josúa miraba la pantalla del teléfono.

—¿Supermendruguito?, ¿cómo tiene el número?, ¿y qué dice? —quiso saber Jimona.

—No sé cómo sabe mi número, pero me ha escrito y dice que está en África. Algo muy grave está ocurriendo en Somalia y tiene que ver con Moho.

—¿Somalia, eso dónde está? —preguntó Ana Belén.

—Espera —dijo Jimona acercándose a un ordenador de la sala de espera.

Jimona hizo una búsqueda en Internet y rápidamente encontró un mapa de África. En él localizaron Somalia y una pequeña descripción de su localización que decía: «Es el país más oriental de África, ocupa un área de 637.657 km². Se sitúa en la punta de una región conocida habitualmente como el Cuerno de África —debido a su parecido en el mapa con un cuerno de rinoceronte— de la que también forman parte Etiopía y Yibuti».

—¡Yibuti!, ¿no fue ahí donde aterrizó el avión infectado? —señaló Josúa a su amiga.

—Sí, así es —dijo Jimona recordando la noticia que habían visto el día anterior.

—¡Esperad chicos! Somalia, Yibuti, avión infectado... ¿De qué estáis hablando? —Ana Belén no entendía lo que ocurría.

Jimona tomó la palabra:

—¿Recuerdas la maleta cubierta por pelillos verdes que subió a un avión después de la lucha con Moho en las cintas transportadoras?, estuvimos rastreando la red para tratar de encontrar a dónde se dirigía, y en nuestra búsqueda dimos con una noticia de un avión que había aterrizado de manera forzada en Yibuti. La noticia decía que se encontraba totalmente recubierto de una capa de pelillos verdes. Supermendruguito hace meses que se fue en búsqueda de alguna pista pero no hemos podido contactar con él..., hasta ahora que ha escrito al móvil de Josuá. Todo coincide, la noticia que nosotros vimos y el mensaje de Supermendruguito diciendo que está en Somalia, un país que como vemos en el mapa, está al lado de Yibuti.

—Somalia —interrumpió Josuá con un tono de voz pensativo.

—Sí, Josuá, eso acabo de decir —indicó Jimona extrañada por la insistencia del niño.

—¡No!, ¡que van a Somalia! —dijo su amigo señalando con el dedo a un grupo de niños y niñas que se agolpaban delante de ellos, junto a una de las puertas de embarque.

—¿Cómo? —Jimona no entendía.

—¡Mira, justo delante de nosotros hay un avión que sale para ese país y va repleto de niños!, podemos intentar colarnos camuflándonos entre el grupo, son más o menos de nuestra misma edad, nadie se dará cuenta.

—¡¿Pero qué dices Josuá?! ¿Cómo vamos a colarnos en un avión para Somalia?, nos esperan en el aeropuerto de Francia, darán la voz de alerta si no aparecemos, avisarán a nuestros padres y se morirán del susto. ¡No podemos hacer eso! —dijo Ana Belén, a quien la idea de Josuá le parecía una locura.

—Por eso tu no vendrás con nosotros —dijo Josuá mirando a la niña a los ojos.

—¿Qué? —interrumpió Jimona.

—Ana Belén, tú debes coger el vuelo a Francia. La organización del concurso te espera a ti, si apareces nadie notará nada. Nosotros contactaremos con nuestros padres y les diremos que estamos contigo, de esa manera tampoco se alertarán. Tú sólo tienes que decir que estamos contigo si te preguntan tus padres —Josuá ya había formado su plan en la cabeza.

—¡Pero estás loco Josuá!, ¡sólo tienes 10 años!, no puedes viajar solo a Somalia ¡y menos de polizón en un avión! —Ana Belén estaba empezando a preocuparse.

—Tenemos que hacerlo, Supermendruguito nos necesita, debemos reunirnos con él. El destino o la casualidad, si quieres, nos está ofreciendo esta posibilidad; es una señal, tenemos que ir. Bueno — Josuá interrumpió sus palabras como cayendo en la cuenta de un detalle—, tú no tienes por qué venir tampoco Jimona; si tienes miedo lo entenderé.

Jimona se había quedado en silencio mirando al suelo mientras Josuá hablaba. Lentamente levantó la mirada y se dirigió a Ana Belén.

—Tienes que comportarte como si nada, cuando te pregunten en el avión por nosotros, diles que

finalmente no hemos podido volar porque nos encontrábamos mal y nuestros padres vinieron a recogerlos. Disfruta de tu premio y no te preocupes, estaremos bien; Supermendruguito nos estará esperando en el aeropuerto.

Josúa miró con una expresión de orgullo y admiración a su amiga.

—Pero si vais, yo quiero acompañaros —dijo Ana Belén entre lágrimas.

—No puede ser —le dijo Josúa con cariño—, tenemos que hacer esto como un equipo, tienes que coger tu vuelo para que nosotros podamos coger el otro. —Ana Belén asintió con la cabeza mientras se secaba las lágrimas.

Josúa y Jimona acompañaron a Ana Belén hasta su puerta de embarque y rápidamente se dirigieron a la suya.

Una vez cerca del grupo de niños y niñas que ya comenzaban a mostrar sus identificaciones y tarjetas de embarque para poder subir al avión, cayeron en la cuenta de que no lo conseguirían. Las dudas y la angustia de ser descubiertos aumentaban al tiempo que avanzaban con la fila y se acercaban a la azafata. Sólo quedaba un niño delante de ellos para que les tocara el turno de acreditarse cuando Josúa tuvo una idea. Con el pie empujó fuertemente un carrito portaequipaje que alguien había dejado junto al mostrador para que chocara contra una pila de maletas. Lo que buscaba era crear una maniobra de distracción con la que, con suerte, poder burlar el control. Sin embargo, la ruedas del carrito se doblaron y cambió su trayectoria dirigiéndose hacia la espinilla de un niño grandullón de pelo rubio que también esperaba en la fila un poco más atrás. Al sentir el dolor del golpe, aquel niño rubio lanzó una mirada de rabia a su alrededor hasta descubrir al responsable, pues la cara de preocupación delataba a Josúa.

—Are you stupid? —dijo el niño apartando con fuerza a quienes se interponían entre él y Josúa, mientras avanzaba.

Josúa quería disculparse rápidamente por lo que dio un apresurado paso hacia adelante, pero sin querer pisó a una chica que bebía de un vaso, y que, al notar el pisotón, dejó caer su bebida sobre la camisa del chico rubio, que ya se había situado detrás de ella.

Todos los niños y niñas que vieron la escena comenzaron a reír y a sacar sus móviles, lo que encolerizó aun más al niño, que reaccionó propinando un fuerte empujón a Josúa, haciéndole caer de espaldas sobre el niño que estaba enseñando su identificación. Este en su caída chocó contra la azafata, que en su intento de mantener el equilibrio, trató de agarrarse al mostrador haciendo saltar por el aire todas las tarjetas de embarque y finalmente aterrizando con un sonoro culazo en el suelo. Al ver aquello, los niños y demás personal que había por allí se apresuraron a ayudar a la azafata. Un gran revuelo se formó alrededor de ella, momento que Josúa y Jimona aprovecharon para saltar el control y entrar corriendo en el pasillo dirección al avión.

—¿Qué ha pasado, Josúa? —se preguntaba Jimona mientras corría, entre extrañada y divertida.

—No lo tengo muy claro —respondió Josúa—, pero al menos he conseguido mi objetivo de desviar la atención para poder colarnos.

—Sí, pero has cavado tu propia tumba con ese chico rubio —dijo Jimona.

Josúa se sentó preocupado por ese detalle en el primer asiento que vio libre y decidió que ese era el menor de sus problemas en ese momento. Estaban a punto de despegar hacia un país desconocido, solos, y sin saber si Supermendruguito había recibido su mensaje avisándole que iban para allá.

CAPÍTULO 4

«Los temores no son sino la oscuridad del entendimiento», esta fue la frase que Josúa leyó en la revista que había sacado del bolsillo del asiento delantero. El niño no comprendía muy bien lo que significaba pero estaba seguro que era justo lo que sentía en aquellos momentos.

El avión sobrevolaba las blancas y esponjosas nubes mientras las azafatas realizaban sus tareas. Según pudieron saber Josúa y Jimona, el grupo de niños y niñas entre los que se habían camuflado, eran integrantes de la selección infantil de triatlón de Reino Unido. Uno de los integrantes del equipo, con el que pudieron comunicarse gracias a que Josúa y Jimona hablaban inglés perfectamente, les contó que iban al Campeonato Mundial de Triatlón por Relevos Mixto, que es una de las etapas de las Series Mundiales. Es decir, según entendió Josúa, estos niños estaban participando en el Campeonato Mundial de Triatlón, conocido como Series Mundiales, que es la máxima competición internacional de triatlón y que consta de varias pruebas a lo largo del año, siendo una de esas pruebas la de los relevos mixtos. Prueba que iba a celebrarse en Somalia. Hasta allí habían viajado las selecciones de los principales países. La elección de la sede para la prueba, había sido una apuesta por parte de la Unión Internacional de Triatlón para apoyar a la juventud y promover este deporte, en una región del mundo donde escasean los recursos y donde los niños y niñas tienen menos oportunidades. A Josúa y a Jimona les pareció una magnífica iniciativa.

—¿Y vosotros qué hacéis en este avión? —preguntó el chico con el que estaban hablando.

Josúa reaccionó rápido y respondió:

—Somos de la selección española.

Jimona miró a Josúa con la boca abierta.

—¿Y cómo que venís en este vuelo y no con vuestro equipo? —volvió a preguntar el chico, intrigado.

—Porque hubo un problema con nuestros billetes y finalmente nos mandaron en este —dijo Jimona socorriendo a Josúa, que se había quedado en blanco sin saber qué decir.

—¡Genial! Viajar en avión a veces es complicado, para nosotros este es el segundo avión que cogemos, hemos tenido que hacer una escala —dijo el chico, que volvió a colocarse el antifaz para tratar de dormir un poco.

—De la selección española... ya te vale Josúa... —dijo Jimona con una sonrisa en los labios.

—Lo primero que se me ocurrió —respondió Josuá encogiéndose de hombros.

—Pero si tú no sabes nada de triatlón —le señaló su amiga.

—Bueno, sé lo suficiente, hay que nadar, montar en bici y correr. Las tres cosas se me dan bien — indicó Josuá.

—Sí, yo también sé nadar y montar en bici. Pero mira a tu alrededor, Josuá, estos niños y niñas son casi profesionales, están entrenados y son los seleccionados entre los mejores de sus países, menos mal que no es verdad lo que has dicho porque no tendrías ninguna oportunidad. —Jimona empezó a reír a carcajadas.

—Bueno, eso no lo sabemos —dijo Josuá volviéndose para darle la espalda, visiblemente dolido por ese comentario.

—Venga, Josuá, es una broma, no te enfades —dijo su amiga reconciliadora.

Josuá sonrió a la niña también y ambos trataron de dormir para pasar rápidamente las horas que aun quedaban para aterrizar.

CAPÍTULO 5

El día había amanecido especialmente caluroso. Los hombres y mujeres se dedicaban a sus labores mientras los niños y niñas aprendían las técnicas básicas de caza y supervivencia. Era una vida dura pero muy feliz. El tiempo pasaba lento y sin sobresaltos en la pequeña aldea, hasta que uno de los hombres apareció gritando.

El joven agricultor llegó hasta el centro mismo del poblado. Los niños y niñas lo rodearon y los adultos fueron acercándose también alertados por el revuelo. Lo que les contó, los dejó a todos asombrados.

Aquel era un pueblo eminentemente agricultor y ganadero. Aunque vivían cerca del mar, la pesca apenas entraba dentro de sus actividades, que se basaban casi exclusivamente en la plantación de trigo y una pequeña explotación ganadera, de cabras y vacas. Se les conocía como el Clan de los Tambonitos, y a pesar de que estaban a no muchos kilómetros de Zeila, una importante ciudad situada al noroeste del país, en la región de Awdal, cerca de la frontera con Yibuti, mantenían un estilo de vida tradicional.

La plantación de trigo, que ya había madurado y, por tanto, había adquirido su tono amarillo típico del trigo seco, se había vuelto de nuevo por sorpresa de un intenso color verde. Aunque el grano parecía estar perfectamente, aquel fenómeno sobresaltó a todo el pueblo, que jamás había visto nada igual.

Benru recordaba ahora, mientras miraba la plantación de trigo sentado sobre una piedra, la historia que había oído cientos de veces, de cómo hacía diez años, justo cuando él nació, el trigo se había vuelto verde. Aquel cambio insólito, había significado una gran prosperidad para su clan, que lo tomaba como un regalo divino, ya que hasta ellos llegó una empresa extranjera que les compraba toda la producción de su trigo, único en el mundo, al menos que él supiera, a cambio de tener la exclusividad y que no pudieran comerlo, hablar de él, ni vender a nadie más aquellos granos.

—¡Benru!, ¡Benru! —oyó que le llamaban desde lejos.

Una niña se acercaba a grandes zancadas hacia él. Benru la reconoció enseguida, era Alina, su hermana.

—Hola Alina —le saludó el niño.

—Benru, ya es la hora.

—¿Ya ha llegado la camioneta? —preguntó el niño asombrado porque el tiempo se le hubiera pasado tan rápido, ensimismado en sus pensamientos.

—Sí, justo te estamos esperando a ti.

—Vamos, ¡corre! —dijo Benru a su hermana. Y ambos niños salieron a toda velocidad hacia el camino de tierra donde una destartada camioneta esperaba con un montón de niños y niñas subidas en la parte de atrás, ansiosos por salir ya hacia su destino, que no era otro que el nuevo complejo deportivo que se había construido en las afueras de Zeila. Aquellas instalaciones se crearon para albergar a deportistas profesionales del país e impulsar la participación de Somalia en los próximos Juegos Olímpicos.

Con motivo de la celebración del Campeonato Mundial de Triatlón por Relevos Mixto, el Gobierno del país había formado una selección improvisada con niños y niñas de las zonas cercanas a donde se iba a disputar la prueba, y había dispuesto que dos días a la semana, pudieran entrenar en las modernas instalaciones junto al resto de deportistas de las diferentes disciplinas, y ahora también, junto a los demás niños y niñas de las selecciones que estaban llegando de todo el mundo y que se alojarían allí.

Alina y Benru, vivían aquella experiencia no sólo como una oportunidad de cambiar la rutina de sus vidas o de vivir el orgullo de representar a su país, sino, lo más importante, como la oportunidad de conseguir el premio. La selección ganadora conseguiría para su país poder acogerse a un programa pionero de la Unión Internacional de Triatlón, consistente en dotar a todos los niños y niñas más necesitados de una bicicleta. Los hermanos sabían bien que aquellas bicicletas podrían cambiar la vida de muchos niños y niñas somalíes, que como ellos mismos y todos los de su clan, no podían ir a la escuela por no tener cómo llegar. En su caso, la escuela más cercana estaba situada a veinticinco kilómetros de su aldea, lo que les obligaba a andar cincuenta kilómetros diarios por peligrosos caminos secundarios.

Dos horas después del viaje en camioneta estaban en su destino. Al bajar, los niños vieron que una nueva selección había llegado, se trataba de la selección de Reino Unido. Era la última que faltaba por llegar, según les dijo su entrenador.

CAPÍTULO 6

Josué y Jimona no se habían encontrado con Supermendruguito a su llegada al aeropuerto, pero sí habían intercambiado algunos mensajes en los que su pequeño pero sorprendente amigo de pan, les había dicho que siguieran a la selección de Reino Unido.

Los niños se las habían ingeniado para subir también al autobús de los británicos y ahora que se bajaban en lo que parecían unas enormes instalaciones deportivas, empezaban a comprender la magnitud del evento que se iba a celebrar allí. Había varias pistas de atletismo con decenas de personas corriendo, campos de fútbol, cristaleras que dejaban ver tras de sí gimnasios y piscinas, gente en chándal andando de acá para allá y hasta una zona donde varios ciclistas se esforzaban en mantener el ritmo que les marcaba su entrenador, subidos en bicis sujetas a unos aparatos para que no se movieran. A Josué le pareció que aquello era como una pequeña ciudad en un mundo imaginario donde sólo existían deportistas. Un oasis de tecnología y edificios nuevos entre desiertos y casas de barro, por lo poco que había visto del país durante el viaje en autobús.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Jimona

—Pues esperar a que aparezca Supermendruguito —contestó Josué, visiblemente más tranquilo que su amiga.

—Pero y si tarda, ¿qué vamos a hacer?, ya no podemos seguir más a los niños del avión, se están yendo a sus habitaciones. ¡Nosotros no tenemos dónde estar ni dónde pasar la noche Josué! — Jimona estaba cada vez más alterada.

Josué la oía pero se centró en un grupo que de alguna manera destacaba entre toda aquella modernidad. Lo que llamó la atención de Josué, además del intenso moreno de sus pieles, fue que aquellos niños y niñas no tenían uniforme como todos los que había visto hasta ahora, de hecho las ropas que usaban, de llamativos colores, no parecían ser prendas deportivas, y tampoco se comportaban como el resto de grupos donde todos seguían a sus entrenadores y guardaban silencio mientras caminaban entre las instalaciones. No, aquellos niños y niñas no tenían pinta de deportistas. Josué se preguntó qué estarían haciendo allí.

—¡Josué!, ¿me estás oyendo?, ¡qué estamos en medio de no sabemos dónde, en un lejano país de África, solos, sin que nuestros padres y madres lo sepan, sin un plan para poder volver y sin tener un sitio para dormir!, ¿eres consciente de la situación?

—Claro que te he oído, pero no te preocupes, sólo tenemos que esperar a que llegue Supermendruguito —dijo Josuá tratando de tranquilizar a su amiga.

Mientras hablaban, aquel grupo de niños y niñas que acababan de bajarse de la camioneta se habían acercado hasta donde ellos estaban, en su camino hacia las pistas de atletismo. Al pasar a su lado, Josuá cruzó su mirada con uno de los chicos que también se había fijado en él. Era un niño más o menos de su misma estatura, de pelo rizado, muy delgado y con unos grandes ojos negros que transmitían curiosidad y cercanía. Ambos niños se sonrieron.

—¡Qué simpático! —dijo Jimona—, ¿quiénes serán? —preguntó la niña, más por hablar de algo que por verdadera curiosidad, pues todos sus pensamientos seguían enfrascados en la preocupación por la situación en la que se encontraban.

—No lo sé, pero vamos a ver qué van a hacer —propuso Josuá.

—¿Qué? —preguntó Jimona, que le pareció una idea absurda.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —replicó Josuá—. Tenemos que hacer tiempo hasta que llegue Supermendruguito.

—Bueno, visto así. Venga, vale, vamos —admitió su amiga.

Josuá y Jimona habían seguido al grupo de niños y niñas hasta las pistas de atletismo, donde habían empezado a trotar para calentar. Pronto, Josuá se dio cuenta de lo equivocado que había estado en su primera impresión cuando pensó que esos niños no eran deportistas; se había dejado llevar por sus prejuicios. Era fantástico verlos correr, no sólo por la velocidad que poco a poco estaban cogiendo, sino por la aparente facilidad y falta de esfuerzo con el que parecían moverse. El chico que miró a Josuá iba en cabeza y determinaba el ritmo al que los demás tenían que ir, nadie le adelantaba.

—Son buenos, eh! —dijo Jimona, que empezaba a divertirse con la idea de haber ido a mirar, pues era una niña muy enérgica a la que siempre le habían gustado mucho todos los deportes. Su pasión era el baile aunque practicaba todos los que podía, y ni siquiera el hecho de haber nacido con una sola mano le impedía destacar en la mayoría de ellos.

—Sí —dijo Josuá—, el chico que nos sonrió debe ser el mejor de todos. ¡Fíjate como corre!

Pero no sólo Josuá y Jimona estaban pendientes de aquel corredor. El niño grandullón y rubio con el que Josuá había tenido el incidente en la fila mientras trataban de subir al avión, también había llegado a la pista junto a sus compañeros de selección para activar las piernas después de tantas horas de viaje.

—¡Mira, Josuá, ahí está tu amigo! —dijo Jimona con un divertido tono irónico.

—Sí, mi amigo del alma —continuó Josuá con el mismo tono de broma que Jimona—, espero que no me vea —añadió el niño con un tono ahora más de preocupación.

—Pues no lo hace nada mal tampoco —señaló Jimona

El chico rubio había ido acelerando en cada vuelta hasta colocarse justo detrás del grupo de niños y niñas que seguían el ritmo que les indicaba el que iba en cabeza. A los pocos segundos ya se había colocado al lado del niño que lideraba el grupo y lo miraba desafiante.

—A ver quién termina antes una vuelta completa —dijo el chico británico con palabras entrecortadas por la aceleración de su respiración.

Todos los niños de la selección de Somalia habían sido elegidos por vivir cerca de las instalaciones y el lugar donde se iba a disputar la competición, pero principalmente por saber hablar inglés. Así que el chico somalí entendió perfectamente lo que le decía aquel corredor. Quería medirse con él en una vuelta completa de cuatrocientos metros.

Su hermana, que corría justo detrás de ellos y que había oído la propuesta, quiso disuadirle para que no lo hiciera; estaban entrenando y no era conveniente hacer un esfuerzo de ese tipo en aquel momento. Alina era también una buena corredora y sabía de la importancia de la disciplina y el control de los esfuerzos para poder mejorar cada día.

Sin embargo, de nada sirvió su intento por disuadirle, pues en cuanto el chico rubio se puso a correr delante de Benru aumentando cada vez más la velocidad, este salió detrás de él. Ninguno de los otros niños y niñas pudo seguir aquel cambio de ritmo y pronto se abrió un hueco entre ellos dos y el resto.

Jimona y Josuá observaban desde las gradas lo que ocurría.

Ya habían corrido doscientos metros y Benru seguía justo detrás. Casi todo el mundo que estaba en los alrededores de la pista se habían dado cuenta de lo que estaba ocurriendo y se habían girado para mirar, expectantes por saber cuál sería el resultado final de aquella improvisada carrera.

A falta de cien metros para completar la vuelta, el chico británico comprobó como con cada zancada, Benru había ido ganando terreno hasta ponerse ahora hombro con hombro con él. El aire empezaba a entrar con dificultad en sus pulmones y las piernas le ardían, aun así trató de aumentar el ritmo comprobando con desesperación que su esfuerzo no le daba el fruto deseado, pues el niño de pelo rizado empezaba poco a poco a sobrepasarlo. Quedaban unos veinte metros para completar la vuelta. Ambos niños lo estaban dando todo por ver quién la terminaba antes. Iban por la calle de fuera, pues el resto estaban ocupadas por otros corredores que continuaban con sus entrenamientos. Benru era el que iba pegado prácticamente a la hierba que limitaba con el suelo de la pista. Diez metros. El niño rubio apoyó su hombro contra el de Benru que al sentir el contacto, trató también de desplazarle, sin embargo, cuando apenas quedaban dos metros y ya las piernas de ambos se movían sin control, a la máxima velocidad de la que eran capaces, Benru sintió un fuerte empujón que lo desestabilizó, haciendo que cayera hacia su derecha sobre la hierba que rodeaba la pista. Fue el británico por tanto el que completó primero la vuelta.

Desde lejos pareció simplemente un tropiezo en la lucha por mantener la posición durante el sprint.

Benru fue a caer justo al lado de Josuá y Jimona, que corrieron a ayudar a levantarse al niño. Ellos sí habían visto realmente lo que había ocurrido.

—¿Estás bien? —dijo Josuá al niño, tratando de levantarlo cogiéndolo por debajo de los hombros.

El niño le miró sin entender.

—¿Que si te encuentras bien? —dijo estaba vez Jimona, hablándole en inglés.

—Sí, gracias —respondió el niño que ya se sacudía la hierba de sus rodillas y manos.

La hermana de Benru y todo su grupo también llegaron rápidamente a su lado.

—¿Qué ha pasado hermano?, ¿tropezaste? —le dijo su hermana mientras lo agarraba por las manos para poder verlo mejor, en busca de alguna herida.

—Me empujó —dijo Benru.

—Es verdad. Nosotros lo vimos —dijo Josuá.

—¡Se va a enterar! —dijeron algunos niños del grupo de somalíes mientras empezaban a andar hacia el chico rubio.

—¡Parad! —dijo Benru.

Todos los niños obedecieron y se giraron hacia él.

—Aquí no ha pasado nada y nadie va a hacer nada —dijo Benru con la fuerza en la voz de un auténtico líder.

—Pero Benru, no podemos permitir... —El niño que comenzó la frase no pudo acabarla porque Benru le interrumpió.

—Somos Somalíes, este es nuestro país y este es nuestro campeonato, no vamos a empañar nuestra imagen por una pelea. Tenemos que ser modélicos, tenemos la oportunidad de demostrar y enseñar al mundo de lo que somos capaces. Nadie peleará hoy.

Todos los niños y niñas asintieron y volvieron a colocarse en formación para correr detrás de Benru, pero antes este se acercó a los dos niños que le habían ayudado.

—Gracias por ayudarme a levantarme —le dijo Benru a Josuá.

—No hay de qué —dijo Josuá.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el niño.

—Josuá, ¿y tú? —respondió.

—Benru —dijo el niño mientras le ofrecía su mano.

Josuá se la estrechó y le presentó también a Jimona que se le acercó para darle dos besos, cosa que

sorprendió mucho al niño que no tenía por costumbre que le saludaran así.

—Esta es Alina —dijo Benru, acercando a la niña suavemente por el brazo—, es mi hermana.

—Encantado de conocerlos chicos. ¿De dónde sois vosotros? —se interesó la niña.

—Somos de España —dijo Josuá

—Conozco España —dijo la niña

—¿Ah, sí?

—Muchos de nuestros hermanos y amigos mayores quieren ir a España, vemos fotos y a veces imágenes de cómo vivís allí, a todos les gustaría poder vivir así algún día —respondió Benru, que siguió hablando—. Vosotros no sois deportistas, de eso me di cuenta cuando os vi antes, además ya hemos conocido a los integrantes de la selección española, llegaron hace un día, ¿qué hacéis aquí?

—¿Valdría si simplemente te dijera que no te lo podemos decir? —dijo Josuá, temiendo haber sido descubierto y que aquel niño los delatara.

—Os habéis interesado por mi cuando ese niño me tiró, así que para mí es todo lo que necesito saber. Sed bienvenidos a nuestro país —Y estrechando de nuevo la mano de Josuá, Benru se dispuso a salir corriendo. Esta vez fue Jimona quien lo detuvo.

—¿Crees que le hubieras ganado? —le preguntó la niña.

Benru se giró de nuevo.

—No lo sé, él iba muy rápido, pero de una cosa sí estoy seguro.

—¿De qué? —volvió a preguntar Jimona.

—De que habrá otra ocasión para comprobarlo. —Y tras decir esto, Benru seguido por los miembros de su grupo y hermana, salieron corriendo de la pista hacia el interior de las instalaciones.

CAPÍTULO 7

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Jimona una vez que se habían quedado solos.

—¿Qué tal si os vais a vuestra habitación? —Ambos niños se giraron rápidamente para ver quién había dicho eso.

—¡Supermendruguito! —gritó Josuá exaltado por la felicidad que le invadía por ver por fin, de nuevo, a su amigo.

Supermendruguito flotaba en el aire justo detrás de ellos con unas llaves en la mano y una gran sonrisa.

—¡Que alegría verte! —Jimona se sentía muy aliviada y tranquila al ver al trozo de pan, sabía que desde ese momento estarían a salvo, o al menos, que Supermendruguito haría todo lo que estuviera en sus manos para protegerlos.

—¿De dónde has sacado esas llaves? —preguntó Josuá cogiéndolas para observarlas.

—Digamos que he usado mis trucos —Supermendruguito reía—, venga, vamos para que podáis instalaros, tenemos mucho de lo que hablar. —Tras decir esto, el trozo de pan se metió en el bolsillo de Josuá.

Los tres amigos entraron en las instalaciones y se dirigieron a la zona del albergue. Una vez allí buscaron la habitación 223, tal y como indicaba la chapita que colgaba del llavero. Ya dentro de la habitación, y tras cerrar la puerta, Supermendruguito salió del bolsillo de la camisa de Josuá para colocarse sobre un pequeño escritorio que había junto a la ventana. Los niños acercaron unas sillas para sentarse frente a él.

—Ha sido una gran temeridad venir hasta aquí —comenzó diciendo Supermendruguito—, aunque me alegro mucho de veros. Os echaba de menos.

—Nosotros también a ti —dijo Josuá.

—Nosotros también a ti —repitió Jimona.

—Bueno, luego me contaréis cómo habéis conseguido llegar hasta aquí, pero antes tengo que contaros lo que está ocurriendo —dijo el trozo de pan.

Josué se adelantó a Mendruguito y dijo:

—Moho llegó en avión hasta Yibuti.

—Así es —dijo Supermendruguito muy sorprendido—. ¿Cómo lo has sabido?

—Desde que te fuiste tras él hemos estado rastreando las redes e Internet en busca de alguna pista que nos pudiera ayudar a encontrar su paradero. Dimos con una noticia que nos alertó sobre un avión recubierto de pelillos verdes que había aterrizado de emergencia en un aeropuerto de Yibuti, pero no podíamos avisarte, te fuiste y no dejaste forma de contactar contigo —En las palabras de Josué había un tono de reproche.

—Tienes razón, pero yo sí sabía cómo contactar con vosotros cuando fuera necesario —dijo Supermendruguito tratando de disculparse.

—Bueno —Jimona intercedió para romper la tensión—, pero lo más importante es el tema de la maleta. Vimos unas imágenes de cómo se llevaban una maleta del avión.

—Era Moho —dijo el trozo de pan—, se llevaron la maleta para revitalizarlo.

—Pero ¿quiénes? —preguntó Jimona.

—Eso aun no lo sé. Lo que está claro es que quienes están detrás de todo esto, tienen interés en que Moho siga con vida —dijo Mendruguito.

—¿Qué es lo que está ocurriendo? —preguntó Josué—. ¿Cuáles son esos acontecimientos tan graves de los que me hablaste en tu mensaje?

—Tiene que ver con una pequeña plantación de trigo que hay no muy lejos de aquí —dijo el trozo de pan.

—¿Qué ocurre con ella? —insistió Jimona.

—Eso es lo que trato de averiguar —contestó Mendruguito.

—¿Alguien tiene hambre? —dijo Josué cambiando de tema— Jimona y yo no hemos probado bocado desde que despegamos, me siento desfallecido. Voy a ir a buscar algo de comer, vosotros quedaros en la habitación, si voy solo me será más fácil pasar desapercibido. Cuando vuelva, golpearé la puerta cinco veces, esa será la señal para que sepáis que soy yo. Y diciendo esto último, Josué salió de la habitación.

Una vez en el pasillo no le resultó difícil decidir por dónde empezar a buscar, pues un intenso olor a comida recién preparada le indicaba el camino a seguir. Josué siguió su olfato hasta llegar al comedor, una enorme sala en cuyo interior había un gran bullicio de personas, platos y tintineo de

cubiertos. Sin embargo, justo cuando iba a entrar, una camarera le cerró el paso.

—¿Tienes la acreditación? —le preguntó amablemente la mujer.

—¿La acreditación? —preguntó Josuá tratando de ocultar su nerviosismo.

—Sin la acreditación no puedes pasar —dijo la camarera.

—¡Ah! La acreditación —dijo Josuá—. ¡Sí, claro!, la he olvidado en la habitación, voy a buscarla.

Mientras Josuá hablaba con la camarera, Benru que pasaba por allí, oyó la conversación, y haciéndole gestos a Josuá, le indicó que saliera a la calle y se acercara a las ventanas. Josuá obedeció.

—Hola Benru —dijo Josuá al joven deportista que se asomaba desde una de las cristaleras abiertas del comedor.

—Hola Josuá —respondió el niño—, he oído tu conversación con la camarera. Mira, no sé qué hacéis aquí, pero no parecéis peligrosos. Sé bien lo que es no tener nada para comer, e imagino que deberéis tener hambre si estáis aquí sin ningún equipo que os organice la estancia, así que toma, esconde esto —Benru sacó por la ventana, asegurándose de que nadie lo viera, dos trozos de queso y unas cuantas piezas de fruta—. Es todo lo que he podido coger, esta noche con más tiempo te conseguiré algo mejor. Tengo que tener cuidado de que no me descubran o podrían echarme del campeonato.

—Muchas gracias, Benru, no quisiera que tuvieras problemas por nuestra culpa —dijo Josuá

—Tranquilo, nadie lo descubrirá —dijo el deportista.

—¿Cuándo es la competición? —preguntó Josuá.

—Mañana —respondió el niño.

—¡Mañana!, no imaginaba que fuera tan pronto, mucha suerte entonces —le animó Josuá.

Benru agradeció los ánimos a Josuá y se apresuró a cerrar la ventana pues había notado que alguien se acercaba; antes de hacerlo volvió a recordar al niño que a la noche le conseguiría más comida.

Josuá se fue con el queso y la fruta para la habitación. Al llegar allí y tras insistir con la combinación de cinco golpes, tal y como habían determinado como señal, comprobó que no había nadie.

—¿Dónde se habrán metido? —se preguntó a sí mismo.

—Estamos aquí Josuá —Jimona avisaba a su amigo, acercándose por detrás desde el pasillo.

—¿Se puede saber dónde habéis ido? Habíamos quedado en que esperarías en la habitación hasta que volviera —dijo Josuá un poco enfadado.

—Moho ha estado aquí —dijo Supermendruguito.

—¿Y has salido a buscarlo llevándote a Jimona? —A Josuá le había parecido una irresponsabilidad.

—No soy una niña pequeña —reaccionó Jimona.

—Hubiera sido más peligroso que se quedara sola en la habitación. De todas formas se ha ido, el olor de sus esporas se desvanece —dijo el trozo de pan.

- Tienes razón Mendruguito, disculpa, el hambre me tiene un poco alterado - dijo Josuá.

- ¿Has conseguido algo para comer? - preguntó Jimona.

—Sólo estos trozos de queso y fruta. Me los ha dado Benru. A la noche nos conseguiremos más —respondió el niño.

Los tres amigos entraron en la habitación y se dispusieron a compartir lo poco que tenían.

CAPÍTULO 8

Josúa, Jimona y Supermendruguito habían pasado la tarde charlando y poniéndose al día sobre lo que les había ocurrido en aquellos meses sin verse. Enfrascados en la conversación como estaban, se sobrecogieron cuando de repente alguien llamó a la puerta de su habitación.

—¿Quién será? —dijo Josúa.

—Shhssss —Jimona pedía silencio haciendo la señal con su dedo en los labios.

Los tres se quedaron callados y expectantes. De repente volvieron a sonar los golpes sobre la puerta.

—Nos han descubierto —dijo susurrando Josúa.

Al otro lado de la puerta alguien habló por fin.

—Chicos, soy Benru.

—¡Es Benru! —dijo Jimona mientras Supermendruguito volaba a esconderse detrás de la lámpara.

Jimona abrió la puerta y dejó pasar al chico que llevaba en las manos una bandeja con varios platos de comida.

—¿Cómo has sabido que estábamos en esta habitación? —le preguntó Josúa.

—Es la única que no está ocupada por ninguna selección, así que supuse que os habríais metido en ella. Llamaba para probar pero como no contestabais empezaba a pensar que había supuesto mal —dijo el chico somalí.

—Pues acertaste —dijo Jimona que agarró la bandeja con su única mano para dejarla sobre una de las camas.

Benru se fijó por primera vez que a la niña le faltaba una mano. Su mirada no fue de pena pero sí de curiosidad por saber cuál era la historia de la falta de aquella mano. Jimona se dio cuenta.

—Nací sin ella —dijo la niña mientras cogía un cuenco con arroz—. ¿No os importa que empiece a comer verdad?, no aguanto más. —Y diciendo esto se llenó la boca.

Josúa también empezó a comer.

—En mi clan hay varios niños a los que también les faltan algún miembro por culpa de las minas antipersonas —dijo Benru con tranquilidad pero con la pesadumbre en el rostro de quien había vivido demasiadas historias tristes.

—¿Qué son las minas antipersonas? —se interesó Josúa.

—Son explosivos que tras la guerra en mi país, quedaron enterrados y olvidados bajo tierra. A veces, cuando jugamos, pisamos donde se encuentran ocultos y los activamos sin querer —explicó el niño.

—¡Pero eso es horrible! —dijo Jimona.

—Sí lo es —dijo Benru—, la guerra y sus consecuencias siempre lo son. Por eso sabemos que porque falte o te falle alguna parte del cuerpo, no se es menos que nadie. Conozco muchos chicos y chicas haciendo cosas increíbles a pesar de tener una pierna o un brazo menos, por ejemplo.

—¡Desde luego! —dijo Josúa—. Jimona puede hacer todo lo que se propone y casi siempre mucho mejor que el resto.

—Bueno, tampoco exageres Josúa —dijo Jimona tratando de poner un tono divertido para romper el ambiente triste que se había quedado en la habitación tras oír las explicaciones de Benru—. ¿Y tu hermana? —preguntó de repente la niña al chico somalí.

—Pues está indispuesta, se ha quedado en la habitación junto al resto del equipo. Todos se sienten mal.

—¿Cómo es eso? —preguntó Josúa

—Les duele el estómago —contestó Benru con expresión de preocupación.

—Pero mañana es el campeonato, tienen que recuperarse —señaló Josúa. Y justo cuando iba a darle un bocado a una de las tortitas de trigo que Benru había traído, Supermendruguito apareció de repente para golpearla y lanzarla lejos de su boca.

Jimona y Josúa enmudecieron al ver que su amigo de pan se había mostrado en público. Pero sin duda, el más sorprendido fue Benru. No podía creer lo que veían sus ojos. Delante, flotando en el aire, había un pequeño trozo de pan que lo miraba con sus redondos ojos y una enorme sonrisa. El niño observaba atónito la ropa de aquel ser, llevaba un antifaz morado, una capa verde, calzones azules, mallas y botas grises; sobre su cabeza tenía lo que parecía un único mechón de pelo en

forma de tirabuzón y en las manos, guantes también de color azul.

—¿Qué pasa contigo? —le preguntó Josuá a Supermendruguito—, ¿por qué has hecho eso?

—Tenía que evitar que comieras de la tortita de trigo —dijo Mendruguito.

—¿Pero por qué? —preguntó Jimona.

Benru se había puesto de pie y observaba la conversación de los niños con el trozo de pan, sin decir ni hacer nada.

—Creo que están infectadas —aseguró Supermendruguito.

—¿Infectadas con qué? —preguntó Benru recuperándose del sobresalto e interesándose por la conversación.

—Primero, será mejor que os presentemos —dijo Jimona, que imaginaba lo confundido que podría sentirse aquel niño por el giro que habían dado los acontecimientos—. Este es Mendruguito, aunque nosotros lo llamamos Supermendruguito, nombre que le pusimos Josuá y yo al comprobar las capacidades increíbles que tiene. Es un héroe y has de saber, que si él está aquí y nosotros también, es porque un mal nos acecha y que todos, y me refiero al mundo entero, estamos en peligro.

—¡Eres un dios! —dijo Benru.

—¡No, que va! —dijo Mendruguito, sólo soy un trozo de pan.

—En mi clan se habla desde hace años de un dios pequeño como una espiga de trigo pero fuerte como cien rinocerontes, capaz de volar como los pájaros y de correr más rápido que el guepardo. Nuestros padres nos contaban esa historia desde pequeños. Decían que un dios de pan cuidaba de nuestro trigo verde. Siempre pensé que eran historias para divertirnos alrededor del fuego, ¡pero es verdad!, ¡eres tú!

—No, Benru, no sé qué os contaron en tu pueblo, pero no se referían a mí, no soy yo. No soy ningún dios —quiso zanjar Mendruguito—, pero háblame del trigo verde que has nombrado, ¿es una plantación que está a las afuera de la ciudad de Zeila?

—Así es —dijo Benru—. Si no eres el dios del trigo, ¿cómo sabes de nuestra plantación? —preguntó el niño.

—Llegué hasta ella siguiendo los pasos de Moho tras el aterrizaje de su avión —dijo Mendruguito.

—Moho es un villano —Jimona tomó la palabra—, es el ser más malvado que hay en el planeta. Su objetivo es aniquilar a la humanidad y para ello trata de pudrir toda la comida.

Benru escuchaba con atención.

—Debí imaginarlo —dijo Supermendruguito lamentándose.

—¿Imaginar qué? —preguntó Josuá.

—Que Moho se pasaría por la cocina y el comedor, que tocaría toda la comida que pudiera. Por eso tu hermana y amigos están enfermos Benru, han comido de esas tortitas infectadas por sus esporas —explicó Josuá.

—Las esporas son lo peor —añadió Josuá adelantándose a la pregunta de Benru—, son como bolitas con afilados pinchos que produce en el interior de su cuerpo y que puede lanzar a gran distancia y precisión. Son su única arma para acabar con Mendruguito; en alguna ocasión ha estado a punto de acabar con él clavándoselas, suerte que nosotros estábamos por allí —dijo Josuá recordando las aventuras pasadas.

—¿Clavándole esas esporas puede matarle? —preguntó Benru a Josuá pero mirando a Supermendruguito.

—Sólo si le clava más de diez —respondió Josuá.

—Cuando amanezca iremos a la plantación —propuso Supermendruguito—, allí encontraremos la pista que nos falta para dar con el paradero del malvado hongo.

—¡Pero mañana es el campeonato! —recordó Josuá.

—Da igual —dijo Benru—, nosotros no podremos participar, nos hemos quedado sin equipo, no creo que ninguno esté en condiciones mañana de poder tomar la salida en la prueba. No sabéis cómo lo lamento —Benru suspiró—, no queríamos competir por ser los primeros, sólo queríamos ganar las bicis para los niños y niñas más necesitados de nuestro país y que así pudieran ir a la escuela. —Benru se sentó de nuevo en la cama derrotado.

—¿Esto es muy importante para ti, verdad? —le preguntó Jimona.

—Muchos niños y niñas de mi país vivimos en zonas rurales, en pequeñas aldeas alejadas de las escuelas. En Somalia hay mucha escasez y necesidades, por eso hay guerras y conflictos. Sólo unos pocos quieren controlar el poder y nadie se preocupa por la gente. Esto hace que muchos jóvenes sueñen con llegar a España y a Europa como os dije cuando nos conocimos en las pistas de atletismo. Tratan de llegar allí huyendo de esta miseria y de las guerras, para ello cruzan desiertos y muchos países, sufren durante el largo viaje pero les motiva la idea de poder tener un futuro mejor y ayudar a sus familiares que se quedan aquí. No les importa nada los obstáculos que se encuentran por el camino, ni a quién tienen que pagar los ahorros de toda su vida con tal de que les lleven hasta la otra orilla. —Benru hablaba con voz apagada.

—¿La otra orilla? —se interesó Jimona.

—La otra orilla del Mediterráneo, la que se encuentra frente a la costa norte de África, la de Europa —explicó el niño—. Si pudiéramos ganar esas bicicletas la juventud podría ir a las escuelas, podrían aprender todo lo necesario y al crecer, con esos conocimientos, hacer que Somalia cambie, que no tengamos que huir de nuestra tierra porque aquí podamos vivir en paz y trabajar para alimentar a nuestras familias.

—Es una idea muy bonita —dijo Mendruguito.

—¡Tenemos que ayudarte a conseguirlo! —dijo Josuá

—Pero, ¿cómo? —preguntó Jimona

—Tengo un plan —respondió Josuá.

CAPÍTULO 9

A la mañana siguiente, antes de que sonara el despertador Josuá y Jimona ya estaban despiertos. Benru les había indicado que debían madrugar para desayunar con suficiente tiempo para llegar a la competición con la digestión ya hecha. Ahora que tenían que salir de la cama tan temprano, Jimona empezaban a pensar que la idea de Josuá no era tan buena.

—Josuá, tengo muchas dudas acerca de tu plan. No creo que sea justo lo que estamos pensando hacer —dijo la niña mientras comía parte de la comida que Benru les había llevado la noche anterior.

—¿Que no te parece justo? —dijo Josuá sorprendido por la reacción de su amiga—. ¡Es lo más justo que vamos a hacer en mucho tiempo!

—No sé, Josuá, no me parece correcto usar a Supermendruguito en la competición —insistió Jimona.

—Jimona, si no hubiéramos venido aquí, Moho no habría aparecido por estas instalaciones y los amigos de Benru no estarían enfermos. Ha sido de alguna manera responsabilidad nuestra, así que nos corresponde a nosotros ayudarles. Además, sólo vamos a igualar la competición, al final será la fuerza de cada corredor la que determine quién gana.

Jimona se quedó más conforme con aquella explicación y terminó convencida de que Josuá tenía razón. La idea del niño fue que ellos dos harían equipo con Benru en la prueba de relevos, sustituyendo a los otros chicos enfermos. Josuá era buen nadador aunque no estaba entrenado y a Jimona le encantaba montar en bici pero le ocurría lo mismo, así que Supermendruguito les ayudaría a llegar al último relevo para que Benru pudiera iniciar la carrera a pie con opciones de disputar la victoria.

El único detalle que les quedaba por solucionar era el tema del entrenador de la selección de

Somalia y cómo hacer que todos creyeran que los dos niños eran somalíes.

De lo primero se encargaron Benru y sus amigos. Aprovechando que su entrenador había ido a coger unas toallas a la lavandería del albergue, lo habían dejado encerrado allí, asegurándose de que no podría salir hasta que terminara la competición. Lo segundo fue más fácil, sólo tuvieron que buscar algo con lo que poder pintar la piel de Josuá y Jimona para que pareciera mucho más morena.

Era impresionante el ambiente que había en la prueba. Decenas de niños y niñas cargados con grandes mochilas y llevando sus bicicletas, hacían cola para recoger sus dorsales. Grandes altavoces dejaban salir el sonido de las últimas canciones del momento y voluntarios y voluntarias, se afanaban en preparar hasta el último detalle para que todo saliera perfectamente.

Josuá y Jimona estaban muy nerviosos, ya habían recogido sus dorsales. Entre tanta multitud nadie se había dado cuenta de que no eran los verdaderos deportistas de la selección somalí. Nunca habían hecho un triatlón, por lo que Benru se apresuraba a explicarles las reglas básica.

—Josuá, tendrás que situarte detrás de la cinta que colocarán cerca de la orilla del mar; cuando suene la bocina, la dejarán caer y tendrás que salir corriendo hasta el agua, una vez dentro, nada tan rápido como puedas para completar el circuito formado por aquellas boyas que hay mar adentro, ¿las ves? —Benru las señalaba.

—Sí —fue todo lo que Josuá pudo articular, abrumado por los nervios.

—Jimona, cuando Josuá llegue hasta esta zona donde están las bicicletas, llamada bóxer, te entregará su pulsera, que habrás de colocarte tú en la muñeca para rápidamente descolgar la bici de estos hierros y salir con ella hacia el principio del circuito que has de completar pedaleando. Importante —añadió el niño—: no puedes subirte encima de la bici hasta que salgas de la zona de bóxer y sobrepases al juez de control. Cuando termines el recorrido en bici llegarás otra vez aquí, donde yo te estaré esperando para coger la pulsera y terminar mi recorrido a pie. ¿Alguna duda? —preguntó Benru.

—Sí, yo tengo una —dijo Josuá.

—¿Cuál?

—¿Dónde está el baño?, ¡me hago pis! —dijo Josuá con cara de angustia.

—Eso son los nervios, no hay tiempo Josuá, van a llamar ya para colocaros en línea de salida. No te preocupes, cuando entres en el agua, lo sueltas allí —dijo Benru con total normalidad.

—¡Pero llevo un traje de neopreno puesto! Además, no es mío, me lo habéis dejado vosotros —dijo Josuá, al que la mera idea de orinar con el traje puesto le parecía una locura.

—No te preocupes, todos lo hacemos —dijo Benru.

Josuá miró al traje con cara de preocupación. Jimona aguantaba la risa.

—¡Nadadores, a línea de salida! —oyeron que decían desde la megafonía.

—¡Es la hora! —dijo Benru—. Que pena que mis compañeros no hayan podido salir de la habitación para poder ver la prueba, los pobres no pueden alejarse mucho del baño, realmente tienen mal el estómago. No sé cómo saldrá este plan —continuó diciendo el niño—, pero os agradezco mucho vuestra ayuda y que vayamos a intentarlo.

—¡Una cosa más! —dijo Josuá, que ya se había colocado el gorro y las gafas de natación—. ¿Crees que la pintura aguantará?

—Aguantará —dijo Benru.

—¡Vamos, Josuá! —le animó Jimona—. Ahora te veo. —Y los amigos choraron sus pintadas manos.

Sonó la bocina y todos los niños y niñas que iban a cubrir el segmento de agua salieron a la carrera hacia el mar. Era un día espectacular para nadar, apenas había olas y la organización había asegurado que no se encontrarían con medusas durante el recorrido. Esto último no le preocupaba a Josuá, pues Benru ni siquiera se lo había comentado. La salida había sido muy numerosa ya que cada selección contaba con tres equipos de tres deportistas, excepto la somalí, que sólo tenía uno.

Josuá saltó al agua en cuanto esta le llegó por las rodillas. Poco a poco fue encontrándose cada vez más rodeado por manos, pies y cuerpos que se movían a su alrededor, salpicándole agua y chocando contra él. Se esforzaba por mantener el ritmo pero empezaba a ser difícil respirar entre tanta espuma y golpes. Estaban acercándose a la primera boya y la cosa aun empeoró. El niño iba por la parte más cercana al enorme globo amarillo, tratando de hacer el giro pero le era imposible, el resto de nadadores le pasaban por encima hundiéndole sin remedio. La sensación de agobio e impotencia se apoderó de él. Con un enorme esfuerzo consiguió tomar una bocanada de aire, cuando de repente notó que tiraban de él hacia el fondo.

Supermendruguito, metido dentro de una bolsa de plástico para evitar mojarse, lo había agarrado y llevándolo unos metros por debajo del resto de nadadores, lo sacó de aquella zona. Una vez en la superficie de nuevo, Josuá retomó su estilo de natación a crol y fue remontando todo el terreno perdido, empujado por Supermendruguito, hasta colocarse al lado de la chica que iba primera. Cuando llegaron hasta ella Supermendruguito bajó el ritmo, tal y como habían acordado, para salir del agua a la vez que el primero y así no tomar ventaja.

Josuá llegó de nuevo a la orilla una vez completado el recorrido de boyas y aunque tropezó en la arena, le entregó la pulsera a Jimona prácticamente al mismo tiempo que la otra niña a su compañero.

Turno para Jimona. La niña había sacado la bici de los bóxer y ya pedaleaba a rueda del chico que iba primero. Al cabo de unos minutos se formó un grupo de varias y varios ciclistas, ataviados con sus casco y gafas de sol. El recorrido era eminentemente llano por lo que la velocidad iba paulatinamente en aumento. A Jimona le costaba cada vez más aguantar el ritmo y controlar el manillar con su única mano. Sabía que no podría seguir así mucho más tiempo, y cuando ya empezaba a quedarse atrás, notó que su bicicleta aceleraba sola y se metía de nuevo entre el grupo de cabeza. Era Supermendruguito, que ya había salido de la bolsa y oculto bajo el sillín, volaba

empujando la bicicleta a la suficiente velocidad para que la niña fuera junto al primero, pero no tan rápido como para que pudiera adelantarle.

A pesar de que Supermendruguito empujaba, Jimona tenía que mover las piernas muy rápido para que nadie sospechara, lo que estaba haciendo que bajo aquel calor asfixiante, la niña sudara abundantemente. Una gota de sudor resbaló desde su casco y rodó por su nariz hacia el ojo, la niña al sentirla, se pasó la mano por el párpado para secársela.

Los kilómetros se sucedían y algunos de los que habían formado parte de aquel grupo que iba en cabeza, habían perdido ritmo y formaban una fila metros atrás. Jimona volvió la mirada para ver cuál era la situación de carrera, más por curiosidad que por miedo a lo que pudiera hacer el resto, pues Supermendruguito seguía empujando bajo su asiento. Al pasar la mirada por uno de los cascos que llevaba unos de los ciclistas, vio su reflejo sobre el acabado cromado que tenía. El casco era como un espejo, por lo que la niña pudo ver cómo uno de sus ojos se había quedado completamente al descubierto al haber desaparecido la pintura. Reaccionó rápidamente colocándose las gafas que le había metido Benru en unos de los bolsillos traseros que tenía el maillot de la selección somalí.

Tras la última curva estaban apunto de llegar de nuevo a la zona de bóxer donde debían dejar las bicis. Jimona vio cómo el resto de ciclistas pasaba una de sus piernas por detrás del sillín hasta colocarse de forma que iban subidos con ambas piernas en el mismo lado, así que hizo lo mismo. Esto resultó muy cómodo a la hora de bajarse a la carrera de la bicicleta, no debía perder ni un segundo para entregar su pulsera a Benru.

Otros cinco ciclistas habían llegado al mismo tiempo que Jimona y se apresuraban en hacer el cambio de pulsera con rapidez para que también sus compañeros y compañeras pudieran salir corriendo hacia la meta.

El grupo de corredores ya estaba en marcha.

Benru veía por los colores de las ropas que eran las selecciones de España, Australia, Francia, Nueva Zelanda y Reino Unido.

Desde el primer kilómetro, la atleta española marcó un ritmo muy fuerte al que el resto de corredores trataba de adaptarse. España era una selección muy temida, los éxitos conseguidos en los últimos años por sus triatletas absolutos como Iván Raña, Mario Mola, Mireia Arrillaga, Carolina Routier, y por supuesto, Javier Gómez Noya, hacían que el resto de países los viera como la selección a batir. Pronto, el ritmo de la española y el sofocante calor hizo que el grupo se dividiera, marchándose unos metros por delante sólo seguida del británico y de Benru.

A falta de dos kilómetros para la meta, la representante española empezó a sentirse indispuesta aquejada por problemas de deshidratación, pues no había aprovechado las zonas de avituallamiento donde los voluntarios y voluntarias les ofrecían bebidas frías y recuperadores. Momento que el británico, que no era otro que el chico rubio, aprovechó para hacer un cambio de ritmo al que sólo respondió Benru.

De nuevo se repetía la situación del día del entrenamiento. Benru tuvo razón cuando dijo que habría otra oportunidad de comprobar quién era más rápido de los dos.

Habían llegado a la señal de último kilómetro y los dos niños lanzaban sus ataques para tratar de ganar ventaja el uno sobre el otro. A falta de trescientos metros, el británico se acercó a Benru hasta poner de nuevo su hombro sobre el del niño. Este sabía bien lo que trataba de volver a hacer el británico, pero esta vez estaba preparado, en vez de empujar él también, se apartó hacia atrás haciendo que el otro corredor no encontrara apoyo y cayera al asfalto. Tras la caída, Benru siguió corriendo; ya nada se interponía entre él y la meta, sin embargo, a poco más de dos metros para cruzar la línea se detuvo. Al mirar para atrás vio que el chico rubio no se movía. Tal vez el golpe lo había dejado malherido, pensó. Tenía que ir a ayudarlo. Sabía que la española venía muy cerca, pero a pesar de que perdería la carrera y con ello la posibilidad de conseguir las bicicletas para su país si se volvía, su corazón le decía que lo correcto era ayudar a aquel niño, incluso cuando él se lo había buscado.

Al llegar, agarró al niño por uno de sus brazos y se lo pasó alrededor del cuello para poder levantarlo, de esa manera, ayudado por el apoyo que le ofrecía Benru, el chico rubio comenzó a completar los escasos metros que quedaban hasta la meta. Mientras tanto, la española les había dado caza, pero algo igual de maravilloso ocurrió. La chica había visto desde la distancia lo ocurrido, y lejos de querer aprovecharse, al llegar a la altura de los dos niños, lo que hizo fue colocarse al otro lado del chico rubio, y cogiéndole por el otro brazo ayudó a Benru a llevarlo hasta la meta.

El público asistente aplaudía y se emocionaba al ver aquel gesto de deportividad y grandeza del triatleta somalí y la española. Las televisiones que retransmitían el evento para el mundo entero exaltaban también la fantástica actitud de los deportistas.

Pero justo antes de llegar a la línea de meta, el chico británico, ya más recuperado, se detuvo.

—Pasa tú primero —le dijo a Benru—. Y tú detrás de él —le dijo a la española—. Me he comportado con deshonor, un comportamiento impropio de un ciudadano británico. Me avergüenzo de haberte empujado en los entrenamientos y me avergüenzo de haberlo intentado otra vez ahora, has sido listo y no has caído de nuevo en la trampa, me alegro por ti, pero sobre todo por mí, porque este golpe me ha servido para comprender que ganar a toda costa no sirve para nada y que la gloria conseguida sin merecerla aporta tristeza y vergüenza en vez de satisfacción y paz. Los británicos no somos así, siento haberlo olvidado. —Y diciendo eso, dio un suave empujón en la espalda a Benru que le hizo cruzar, y acto seguido, hizo lo mismo con la triatleta española. Tras ellos, cruzó él.

CAPÍTULO 10

—¿Hicimos un buen equipo, eh? —le dijo Josuá a Benru mientras iban en la parte de atrás de la destartalada camioneta, rumbo a su aldea.

—¡Sin duda! —dijo el niño.

—Aun no me explico cómo Josuá y Jimona pudieron aguantar el ritmo de los mejores triatletas infantiles a nivel mundial para darte el relevo con los primeros —dijo la hermana de Benru.

—La motivación es la madre de todas las hazañas —dijo Josuá a la niña, tratando de darle una explicación creíble.

Jimona y Benru se miraron cómplices, mientras Josuá oyó una pequeña risilla que salía de su bolsillo.

Veinticuatro horas después de la competición, las felicitaciones y elogios por la gran victoria del equipo somalí, seguían sucediéndose. En la prensa local se exaltaba la proeza y los niños y niñas del equipo pasaron de ser chicos anónimos a convertirse en verdaderos héroes nacionales. Habían conseguido las bicicletas y tenían la esperanza de que eso significara el principio del cambio en su país. Aquella tarde tras la ceremonia de entrega de trofeos, Josuá y Jimona habían aprovechado para hablar con sus padres, asegurándoles que se lo estaban pasando genial con Ana Belén en el parque de atracciones. Sentían tener que mentirles pero tenían un gran motivo para hacerlo, estaban protegiendo al mundo y luchando contra el mal. Sin duda estaba justificado.

Los dos amigos iban junto al resto del equipo hacia la aldea de Benru para poder ver de cerca la plantación del extraño trigo verde. La idea era encontrar alguna pista que les llevara hasta el paradero de Moho para, de una vez por todas, tratar de acabar con él.

Al llegar, Josuá y Jimona se despidieron de sus nuevos amigos y siguieron a Benru hacia la plantación, pues este se había ofrecido a hacerles de guía.

—Mirad, allí está —dijo Benru una vez que llegaron a la cima de una pequeña colina desde la que se veía lo que parecía un pequeño manto verde, destacando entre el color ocre del desierto.

—Así que ese es el famoso trigo que se mantiene verde aun cuando está maduro —dijo Jimona pensativa.

—Ahí lo tienes —dijo Benru.

—Es hermoso —observó la niña.

—Vamos a acercarnos para verlo mejor —propuso Josuá.

Al llegar junto a las espigas, comprobaron que eran tan altas como ellos.

—No son distintas de las espigas normales —explicó Benru— salvo por su color.

Supermendruguito no le dejó seguir hablando.

—¡Silencio! —dijo—, se acerca un vehículo.

—Vamos a escondernos entre las espigas —señaló Josuá.

Ocultos entre los cereales, los tres niños y Supermendruguito observaron cómo un grupo de hombres que se habían bajado de un todoterreno negro, hablaban sobre la plantación y analizaban el estado del trigo.

—Yo he visto ese vehículo antes —susurró Jimona— en el vídeo de la maleta, ¿es el mismo coche!

—Tienes razón —confirmó Josuá.

Los hombres se habían dado media vuelta y se disponían a montar de nuevo en el todoterreno.

—Corred, vamos a meternos en el remolque, tenemos que descubrir quién es esta gente y qué interés tiene en este trigo —propuso Josuá.

El todoterreno, a diferencia de cuando lo vieron por primera vez en el vídeo, llevaba enganchado un pequeño remolque en el que se apilaban espigas de trigo, ocultas bajo un plástico negro. El motor se puso en marcha y justo antes de que iniciara su camino, los tres niños habían saltado ya dentro del remolque.

El viaje fue largo. Ninguno pudo ver hacia donde iban pero al llegar echaron un vistazo levantando levemente el plástico. Lo que vieron les sobrecogió. Estaban en medio de lo que parecía un campamento militar. La zona estaba rodeada por hombres armados que parecían proteger las instalaciones y almacenes que habían levantado allí.

—Iré a echar un vistazo —dijo Supermendruguito—, vosotros esperad aquí.

Pero justo cuando iba a salir de debajo del plástico, vio a Moho sobre la palma de la mano de uno de los hombres de traje oscuro que acababan de bajarse del coche.

—¡Está aquí! —dijo el trozo de pan volviendo a ocultarse bajo el plástico.

—¿Quién, Moho? —preguntó Josuá.

—Sí, será mejor que permanezcamos escondidos aquí, de lo contrario podría descubrirnos —dijo el pequeño héroe.

—Tengo miedo —dijo Jimona.

—No pasará nada —le aseguró Josuá tratando de tranquilizar a su amiga.

—Será mejor que esperemos a que se haga de noche para salir —propuso Benru.

Durante todo el tiempo que los niños y Mendruguito estuvieron bajo la lona, ocultos en el remolque del todoterreno, pudieron oír el trasiego de gente que iba y venía, el tránsito de camiones que cargaban y descargaban, y personas dando órdenes por los alrededores; sin duda era un lugar con mucha actividad. Sin embargo, al caer la noche, la actividad se detuvo. Llevaban varias horas sin oír nada así que Josuá asomó la cabeza con mucho sigilo.

—No se ve a nadie —dijo el niño.

—Es el momento de salir —propuso Benru.

Con mucho sigilo fueron saltando del remolque y corrieron a ocultarse junto a una de las paredes del almacén que había junto al coche. Ninguno de los vigilantes que hacía su ronda por los alrededores del campamento sospechó nada.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Jimona.

—Echaremos un vistazo —dijo Josuá.

Josuá iba delante con Supermendruguito asomado por el bolsillo de su camiseta, detrás le seguía Jimona, que se había agarrado a su brazo, y cerraba la fila Benru. Los tres niños andaban muy despacio y pegados todo lo que podían a la pared, para evitar ser vistos. Al pasar por una de las ventanas que daba al interior del almacén, Josuá se detuvo para mirar por ella.

Descubrió que en realidad aquel edificio no era un almacén sino una especie de laboratorio, donde un hombre joven trabajaba frente a un ordenador, rodeado de probetas y tubos de ensayo.

—¿Qué ves? —preguntó Jimona con apenas un hilillo de voz.

Josuá le hizo un gesto con la mano para que esperara.

El niño seguía observando. En el momento en el que el hombre se levantó para coger un pequeño frasco del mueble que tenía a su derecha, vio algo que llamó su atención. Antes de sentarse de nuevo, el hombre miró hacia la ventana y Josuá se agachó de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó Jimona.

—¿Te ha descubierto? —preguntó Benru con preocupación.

—No, creo que no —respondió Josuá.

—¿Entonces qué? —volvió a preguntar Jimona impaciente.

—Hay un hombre encadenado al suelo —aclaró Josuá.

—¿Qué? —reaccionó Jimona elevando el tono de voz al preguntar.

—¡Shsssss... baja la voz!, ¿es que quieres que nos descubran? —dijo Josuá a la niña.

—Perdón, no me he dado cuenta —Jimona se disculpó arrepentida.

—Lo que hay tras estas paredes no es un almacén, es un laboratorio, y en él se encuentra un hombre trabajando encadenado al suelo.

—Sólo hay una explicación para eso —dijo Supermendruguito saliendo del bolsillo.

—¿Cuál? —preguntó Benru.

—Ese hombre es un prisionero. Y si conseguimos llegar hasta él, podremos ayudarlo a cambio de que nos cuente lo que está ocurriendo aquí —dijo el trozo de pan, seguro de su plan.

La idea de Supermendruguito convenció a los niños, que idearon la forma de entrar al laboratorio sin ser descubiertos: en una de las paredes descubrieron un conducto de ventilación, una especie de rejilla que permitía pasar el aire hacia el interior del edificio. Usando su súper fuerza, Mendruguito dobló la chapa de metal, abriendo el camino de entrada para sus amigos.

Josuá, que fue el primero en aparecer en el interior, se apresuró a pedir al hombre que guardara silencio.

—¿Quiénes sois? —preguntó el hombre sobresaltado—, ¿qué hacéis aquí?

—Venimos a ayudarte ...dijo Jimona, que también había entrado por el hueco y miraba con curiosidad a su alrededor.

Benru apareció tras ella.

—¿Vosotros? ¡Pero si sólo sois tres niños!

—Antes de que te ayudemos, cuéntanos qué está pasando aquí, qué ocurre con el trigo y qué tiene

ver en todo esto Moho —le indicó la niña.

El hombre no pudo disimular su sorpresa porque los niños supieran todo aquello.

—Será mejor que os vayáis de aquí cuanto antes, esta es gente muy peligrosa —les advirtió el hombre—. Marcharos antes de que os descubran.

—Podemos ayudarte —le aseguró Josuá.

—¿Cómo? —preguntó el hombre con tono de incredulidad.

Tras oír eso, Supermendruguito salió del bolsillo de Josuá y volando hasta la cadena que sujetaba el tobillo de aquel hombre, dio un tirón apenas sin esfuerzo para romper la cerradura y dejar libre la pierna del científico.

—¡Tú!, ¡Eres tú! —dijo el hombre mirando con los ojos muy abiertos a Supermendruguito.

—¿Lo conoces? —Josuá no daba crédito.

—Perfectamente —dijo el hombre, ofreciendo su mano para que Mendruguito, que también parecía no entender nada, se pusiera sobre ella.

CAPÍTULO 11

Josúa y Jimona se miraron entre sí. ¿Cómo era posible que conociera a Mendruguito? Los niños estaban muy intrigados pero más aún el trozo de pan, que fue el primero en tomar la palabra.

—¿Tú, me conoces?

—Bueno, conocí a tu padre —respondió el hombre, que observaba a Mendruguito como el que observa la obra más maravillosa del mundo.

—¿Mi padre?

—Podemos decirlo así, conocí al hombre que te creó. —El joven científico miró hacia el suelo apesadumbrado.

—Cuéntamelo todo por favor —le pidió el pequeño héroe.

—¿Así que no recuerdas nada? —El hombre estaba sorprendido—. Está bien. Tu padre, como así le gustaba llamarse, fue mi maestro. El mayor experto en botánica e ingeniería genética del mundo.

—¿Ingeniería genética? —preguntó Josúa, sin entender de qué hablaba el científico.

—La ingeniería genética es la manipulación directa de los genes de un organismo usando la biotecnología para modificarlos, eliminarlos o duplicarlos —explicó el hombre que comprendió que así tampoco lo entenderían—. A ve, lo que hacía el profesor era cambiar la forma de los seres vivos para convertirlos en seres diferentes. Su campo de trabajo era la botánica, ciencia que estudia las plantas, y su objetivo era modificar la planta del trigo para crear una nueva especie de este cereal, más fuerte y resistente, capaz de reaccionar y autoprotgerse de las plagas y las adversidades del clima.

—Así que tu maestro creaba plantas nuevas —dijo Jimona, queriendo asegurarse de que lo estaba

entendiendo.

Mendruguito oía muy atento.

—Era más que eso. Había conseguido la forma de mezclar el ADN de distintos animales con el ADN del trigo. Yo era su mejor alumno, colaboraba con él en muchas de sus investigaciones, y aunque mi trabajo como profesor en la universidad me mantenía muy ocupado, le ayudaba en pequeñas tareas como analizar datos, revisar bibliografías y demás cosas que me pedía. Usábamos el correo electrónico para comunicarnos, pues él estaba aquí en Somalia y yo en Boston. Poco antes de su desaparición recibí un mensaje con una nota de audio y un vídeo. En la nota de audio me contaba que por fin lo había conseguido, pero que por error durante el proceso había creado algo maravilloso y que temía por su descubrimiento. El profesor estaba convencido de que gracias a su hallazgo podría acabar con el hambre en África, pero quería evitar a toda costa que la empresa para la que trabajaba lo supiera.

—¿Por qué quería ocultarlo si era algo bueno? —quiso saber Benru, que trataba de seguir la conversación.

—Eso mismo le pregunté yo. El profesor me contó que había descubierto el verdadero plan de los hombres para los que trabajaba. Sólo perseguían el control de las plantaciones de trigo a nivel mundial. Iban a usar sus descubrimientos para propagar una nueva especie de trigo invasor, capaz de acabar con cualquier otra planta y ocupar su lugar. Esa nueva planta sólo madura para crear los granos de trigo si se la rocía con un producto descubierto por el profesor, al que llamó NESAS7.

—Entonces, ¿el plan de la empresa para la que trabajaba era que el nuevo trigo ocupara todas las zonas de tierra fértil, expulsando y acabando con el resto de plantas comestibles para el ser humano, y cereales como el arroz o el maíz, no? De esa manera ellos tendrían el control de la maduración de la planta con el NESAS7 —resumió Josuá.

—Así es, querían asegurarse de que les comprasen la fórmula, ganando así millones y millones, además de tener el control de la alimentación mundial.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con Mendruguito? —preguntó Jimona.

—Ahora voy a eso —dijo el científico—. En el vídeo que también venía adjunto en el correo aparecía el profesor hablándole a la cámara y explicando algo insólito que, al parecer, había ocurrido. En ese vídeo explicaba cómo te había creado.

El hombre dejó a Mendruguito sobre la mesa para coger el ratón del ordenador. Buscó un archivo oculto en una de las carpetas y tras el doble clic, una nueva ventana se abrió en la que comenzó a reproducirse unas imágenes. En ellas se veía a un hombre vestido con una bata blanca, igual que la que llevaba el joven científico, mirando a la cámara para comenzar a hablar.

—Diario de la investigación. Día 203. Hoy ha ocurrido algo maravilloso e increíble. Mientras probaba el compuesto NESAS7 con las diferentes muestras de levadura para estudiar el comportamiento del nuevo trigo manipulado genéticamente, se ha producido un accidente. Un trozo de pan del bocadillo que sostenía en la mano, ha caído sobre el recipiente. El contacto del pan con el NESAS7 y los hongos de la levadura ha desencadenado una fuerte reacción que ha liberado una

gran cantidad de gases que a su vez han provocado mucha tensión y calor, dando como resultado la explosión del recipiente y de todos los frascos con distintas muestras de ADN y pruebas que tenía en mi mesa de trabajo, mezclándolo todo.

Benru, Josuá y Jimona apenas respiraban mientras oían las palabras del hombre del vídeo, que seguía hablando.

—Lo que ha ocurrido tras la explosión no puedo explicarlo. Será mejor que lo grabe.

En el vídeo se veía cómo el profesor cogía la cámara y dirigía el objetivo sobre su mesa de trabajo, enfocando un montón de cristales y líquidos derramados entre los que se percibían dos pequeñas bolitas, una verde y otra blanca. La imagen se acercó y enfocó para ver el detalle de aquellas bolitas. Al principio la imagen parecía haberse congelado pues no se movía nada, sólo el sonido de la respiración del profesor demostraba que el vídeo seguía avanzando. Pasados unos segundos, de repente, en la bolita blanca se abrieron unos pequeños ojitos, lo mismo ocurrió en la bola verde. El vídeo tenía un salto en ese punto. La próxima imagen que se veía era la del hombre sentado nuevamente frente a la cámara.

—Diario de la investigación. Día 223. Han pasado veinte días desde que se produjera la explosión. Las bolitas resultantes se han desarrollado dejando ver que son seres vivos totalmente diferentes entre sí. La bola blanca tiene una composición eminentemente de pan y ha dado muestras de haber adquirido todas las capacidades, y aun muchas más que voy descubriendo poco a poco, de las muestras de ADN con las que se mezcló. La bola verde tiene una composición proveniente de los hongos de la levadura, e igualmente da muestras de una gran capacidad e inteligencia.

De nuevo se produjo un salto en el vídeo y continuaba en otro momento diferente.

—Diario de la investigación. Día 293. Han pasado tres meses desde que se crearan accidentalmente estas dos especies. Les he puesto nombre. A la bolita blanca le he llamado Mendruguito, por estar formado de pan, y a la bolita verde, Moho, pues pudre todo lo que toca. Ambos seres han desarrollado también sus personalidades y aunque Mendruguito es un ser bondadoso, con apetencia por aprender y hacer el bien, Moho es un ser que comienza a dar muestras de una gran apetencia por pudrir los alimentos y expandir una especie de esporas que salen de su cuerpo. Han adquirido la capacidad de hablar e incluso pueden volar. Temo por ellos, debo ocultarlos. Si la empresa los descubre querrán usarlos en su malvado plan de controlar las plantaciones de trigo, ya que he hecho un nuevo descubrimiento. Con la composición del cuerpo de Mendruguito puede hacerse que el NESA7 funcione a pleno rendimiento consiguiendo así que las plantas de trigo crezcan y maduren en apenas dos días. Es por ello que debo esconderlo.

La grabación terminó ahí.

El joven científico tomó la palabra.

—Cuando el profesor desapareció, me secuestraron y trajeron aquí para que continuara con sus investigaciones. Quieren encontrar ese componente que les falta para que funcione el NESA7 como acelerador del crecimiento de las plantas que tienes en tu cuerpo —le dijo el hombre a Mendruguito.

Mendruguito permanecía callado, tratando de comprender.

—Moho y yo nacimos de la misma forma —dijo el trozo de pan pensativo—. Nuestro padre es el mismo, eso significa... ¡que somos hermanos!

—¡Puede que nacióramos al mismo tiempo, pero tú morirás antes!

Todos se volvieron hacia la voz que había pronunciado aquellas palabras.

Era Moho. Flotando en el aire, los miraba rodeado de varios hombres armados.

CAPÍTULO 12

—Será mejor que no os resistáis —dijo un hombre vestido con un impecable traje negro, apareciendo desde detrás del grupo.

El hombre continuó andando con las manos en los bolsillos del pantalón, mientras los demás se apartaban para dejarle pasar, hasta situarse al frente de todos ellos. Moho se situó también detrás de aquel hombre.

—Mendruguito, por fin nos conocemos. Llevo años buscándote —hablaba con un tono de voz educadamente siniestro—, ninguno de los patéticos intentos de Moho consiguieron su propósito de conseguir traerte hasta mí, por eso, después de que casi acabaras con él en el aeropuerto, idee mi plan. En vez de hacer que te trajeran, haría que tú vinieras. Y compruebo con satisfacción que ha salido a la perfección. ¡Aquí estás por fin!

A Moho no le había gustado en absoluto las palabras de desprecio hacia sus esfuerzos por acabar con Supermendruguito, pero guardó silencio.

—Así que todo esto: el trigo invasor, el aterrizaje en Yibuti del avión infectado y la revitalización de Moho, es obra tuya —dijo Mendruguito.

Los tres niños no podían ocultar su miedo.

—Sabía que vendrías a buscar a Moho, eres previsible, no podías dejar que siguiera con sus intentos de acabar con la Humanidad. Sólo tenía que esperar a que aparecieras. Pero ha sido aun mejor, has venido con estos niños, ¿y sabes qué?, gracias a ellos harás todo lo que te ordene. —El hombre del traje sonreía con la satisfacción de quien se sabe ganador.

—¿Qué te hace pensar que haré lo que me mandes? —dijo Mendruguito cerrando fuertemente sus puños.

—Porque si no, mataré a tus amigos.

Dicho esto, los hombres apuntaron con sus armas a los niños. Jimona se agarró a Josuá y este

miraba asustado a Mendruguito. Benru guardaba la compostura con cara de preocupación.

—No es necesario meter a los niños en esto, yo puedo obligarle —dijo Moho, que ya se dirigía hacia Mendruguito.

—¡Tú calla, estúpido! Ya tuviste tu oportunidad y fallaste. No eres más que una pieza de mi tablero y no me has dado el resultado esperado. Ahora lo haremos a mi manera —le advirtió el hombre.

Moho agachó la cabeza y se apartó hasta una de las esquinas más alejadas del laboratorio.

El hombre pidió al científico que metiera a Mendruguito en una especie de microondas y comenzara con la secuencia de extracción de las sustancias del cuerpo del trozo de pan que necesitaban para mejorar el NESA7.

El joven científico no tenía más opción que hacer lo que le ordenaban, pues temía por la vida de los niños. Abrió la puerta del aparato y Mendruguito entró voluntariamente dentro. Una vez comprobado que la puerta estaba correctamente cerrada, el científico inició la escritura de una serie de códigos en su ordenador. El aparato fue lentamente poniéndose en funcionamiento. Primero se encendieron unas pequeñas luces naranjas que indicaban que se había activado el modo programado, luego un suave zumbido invadió la sala y todo el cuerpo de Supermendruguito comenzó a vibrar sacudido por unas intensas ondas que le golpeaban rítmicamente. Cada vez, la velocidad de las ondas era mayor. Mendruguito miraba al exterior con tristeza, apoyado con sus manos en el cristal, tratando de aguantar mientras sentía que su cuerpo estaba a punto de deshacerse.

—¡Mendruguito! —Josué lloraba por su amigo. Jimona se había tapado la cara con las manos y Benru miraba al suelo. Ninguno podía soportar ver a su amigo sufrir de aquella manera.

—Pronto tendremos el compuesto que nos falta y todo habrá acabado. Al final el profesor murió en vano, ninguna de sus criaturas sirvió para nada. —El hombre de traje pensaba en voz alta, saboreando el dulce sabor de la victoria, sabedor de que muy pronto sería inmensamente rico y poderoso.

Tras oír esto, Moho comprendió que aquel hombre sólo lo había utilizado para conseguir sus fines. Lo único que había querido de él en todo aquel tiempo era que le consiguiera a Mendruguito. Y ahora que ya lo tenía, él era prescindible, igual que el profesor.

—Avísame cuando el proceso haya concluido —le ordenó el hombre al joven científico mientras se giraba para salir del laboratorio.

Pero antes de que el hombre pudiera abandonar la sala, la luz se apagó. Todos los aparatos eléctricos, incluido la máquina donde estaba Mendruguito, dejaron de funcionar.

—¿Qué ocurre? —gritó el hombre del traje—. Rápido, idiotas, conectar la luz de emergencia.

Unos de los hombres armados fue hasta el cuadro de luces y activó el servicio auxiliar de electricidad. La luz volvió a encenderse y los aparatos a funcionar.

—¡Señor, la máquina está vacía! —indicó sorprendido uno de los hombres.

CAPÍTULO 13

Todo el mundo en la sala permanecía expectante, nadie se movía. Los niños se preguntaban qué había ocurrido y los hombres de las armas miraban y se giraban apuntando para todas partes.

Se oyó una especie de silbido cruzar el aire al tiempo que uno de los hombres caía desmayado al suelo. El resto seguían buscando nerviosos como quien busca a un fantasma.

Otra ráfaga de aire y dos más cayeron.

—¡Atentos, son ellos! —ordenó el hombre del traje negro, que se escondía dentro del círculo formado por los hombres armados.

Josué, Jimona y el joven científico habían aprovechado el desconcierto para ir a protegerse tras la mesa del laboratorio.

Un nuevo silbido y otro más fue derribado.

El hombre del traje negro se agachó para recoger el arma que había dejado caer la nueva baja entre sus filas.

—¡Entregaos o acabaré con estos niños! —dijo el hombre visiblemente nervioso.

Cuando acabó de decir aquello, otro hombre que estaba a su lado también cayó.

Preso de la ira y el temor, el hombre del traje negro apretó el gatillo, mientras gritaba, apuntando contra la mesa tras la que se escondían los niños y el científico.

Tres balas salieron del cañón cruzando la sala a enorme velocidad. Pero antes de que ninguna impactara en su destino, Supermendruguito se interpuso absorbiendo y frenando los proyectiles con su cuerpo esponjoso. Momento que Moho aprovechó para lanzar una ráfaga de sus esporas contra los ojos de los hombres armados que aun seguían de pie, haciendo que no pudieran ver nada. El

único que seguía intacto era el hombre del traje negro.

—¿Qué haces idiota?, ¿cómo puedes volverte contra mí? Yo te convertí en lo que eres, te acogí cuando el profesor te abandonó, ¡te lo he dado todo! —El hombre le hablaba a Moho desde la cólera y el miedo.

—¡Tú no me has dado nada! —le replicó Moho—. Lo que soy me lo debo a mí mismo. Tú sólo me has utilizado. Pretendías acabar conmigo una vez que ya no me necesitaras para encontrar a Mendruguito como hiciste con el profesor. Ahora lo recuerdo, él nunca quiso abandonarme, sino alejarme de ti. No voy a permitir que me manipules nunca más, ni tú ni nadie. —Moho concentró la mayor cantidad de esporas que pudo y se disponía a lanzarlas contra el hombre pero Supermendruguito lo detuvo.

—No, Moho. Con esa cantidad de esporas lo matarás —dijo el trozo de pan.

—¡Aparta! Es lo que se merece —replicó el hongo.

—Tú eres mejor que él, no tienes por qué ser un ser malvado, busca en el fondo de tu corazón, seguro que encontrarás un poco de misericordia. No puedo permitir que lo hagas —dijo Mendruguito.

Moho dudó por unos segundos, pensaba en lo que acababa de decir Supermendruguito, segundos que aprovechó el hombre para girarse y salir corriendo del laboratorio.

—¡A mí!, ¡a mí!, ¡rápido!, ¡venid todos!, ¡acabad con ellos! —El hombre llamaba a todos los sicarios que trabajaban para él y que estaban en sus puestos de vigilancia.

Pronto el laboratorio quedó rodeado por una multitud dispuesta a usar las armas contra quienes estaban dentro. El hombre del traje negro gritaba desde fuera.

—¡Todo se acabó! Meted al trozo de pan y a Moho en la máquina y salid con las manos en la cabeza, u ordenaré que abran fuego dejando el laboratorio como un queso de gruyere.

En el interior el grupo de amigos hablaba entre sí.

—¿Qué hacemos? —preguntó el científico.

—No podemos entregarnos, si lo hacemos acabarán con vosotros igualmente —dijo Mendruguito.

—El trozo de pan tiene razón —dijo Moho—, no permitirán que os vayáis con vida de aquí.

—Trataré de acabar con ellos —dijo Supermendruguito.

—Ni tú con tu súper velocidad podrás detener todas las balas —le advirtió Moho.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Josuá.

Jimona, Benru y el científico se esforzaban por encontrar una solución pero no se les ocurría

ninguna.

—¡Os contaré hasta diez, si antes de que termine no habéis derretido a esos dos engendros en la máquina, abriremos fuego! —aseguró amenazante el hombre del traje.

—¡Uno!, ¡dos!, ¡tres!...

Todos los de dentro del laboratorio se miraban entre sí, sin saber qué hacer.

—¡Cuatro!, ¡cinco!, ¡seis!...

Afuera las armas estaban listas y a punto para ser disparadas.

—¡Siete!, ¡ocho!...

Jimona se abrazó a Josuá.

—¡Nueve!

—¡Tiren las armas! - fue lo siguiente que oyeron entre sonido de sirenas.

Hasta el campamento habían llegado decenas de vehículos de la policía y el ejército somalí. Todos los hombres armados y el hombre del traje negro fueron detenidos y metidos en furgones para llevarlos a la cárcel.

CAPÍTULO 14

Alina, la hermana de Benru, había seguido a su hermano hasta aquel lugar después de ver cómo los tres niños se habían escondido en el remolque del vehículo cuando estaban en la plantación. No le hizo falta mucho esfuerzo para convencer a las autoridades de que fueran a rescatarlo, pues su hermano, como el resto del equipo de triatlón infantil de Somalia, eran unas celebridades y nadie en el país permitiría que les ocurriera nada malo.

Tras las fuertes emociones que habían vivido en el interior del laboratorio, los tres chicos se despidieron del científico, que prometió acabar con todas las muestras del NES7 y con las semillas del trigo invasor para evitar que volvieran a caer en malas manos. A partir de ese momento trabajaría para ofrecer al mundo un nuevo compuesto que permitiera crecer a las plantas sin necesidad de agua. Con ello conseguiría ayudar a acabar con el hambre en zonas desérticas como el cuerno de África.

Benru también se había ido, agradeciendo a Josuá, a Jimona y a Supermendruguito todo lo que habían hecho por él y su país. Fue una despedida cargada de sentimientos. Los tres sabían que quizás jamás volvieran a verse, pero también sabían que desde ese momento serían amigos para siempre.

Como los niños no querían que las autoridades supieran de ellos, para evitar así tener que dar explicaciones de cómo habían llegado a Somalia y lo que hacían allí, antes de que los soldados y policías entraran en el laboratorio, se escabulleron por el mismo hueco por el que entraron. De esa manera, confundiéndose entre la muchedumbre y el caos que se había formado en el campamento, consiguieron alejarse sin ser vistos.

Moho y Mendruguito iban juntos en el bolsillo de Josuá.

Ya a las afuera del campamento, cerca de las plantaciones de los trigos experimentales, dejaron de correr y pararon para hablar. Moho y Mendruguito habían salido del bolsillo.

—¿Y ahora cómo vamos a volver a casa? —preguntó Jimona.

Josué la miró como si acabara de caer en la cuenta de que los problemas aun no habían terminado.

—¡Tengo una idea! —dijo Supermendruguito.

—¿Qué idea? —preguntó Josué.

Mendruguito señaló hacia unos de los silos que había junto a la plantación para almacenar el trigo.

—¿Qué? —preguntó Jimona sin entender la idea del trozo de pan.

—Os llevaré en eso —dijo Mendruguito.

—¿En eso? —preguntó Josué—, parece una pequeña torre de metal.

—Efectivamente —dijo el pequeño héroe—, se usa para guardar el trigo dentro. Con esa punta en forma de cono y el cuerpo en forma de cilindro, es casi como un cohete. Vosotros os meteréis dentro y yo os llevaré volando de vuelta a casa.

—Parece una buena idea —dijo Jimona.

—Es una idea estúpida —dijo Moho alejándose de la zona.

—¿Dónde vas? —le preguntó Josué—, ¿no vienes con nosotros?

—Mira niño, la próxima vez que nos veamos será para acabar con vosotros. Hoy sólo he tratado de salvarme a mí mismo aunque para ello haya tenido que ayudaros, pero ni por un momento penséis que somos amigos. Yo voy a acabar con toda la comida de este planeta y cuando lo consiga, será a mí a quien vengan a suplicar, ¡seré yo, el que controle este planeta! —Y diciendo esto salió volando hasta perderse en la distancia.

—Supongo que sólo puede cambiar quien quiere hacerlo —dijo Mendruguito.

Los niños se metieron en el pequeño silo metálico y al momento sintieron cómo se elevaba por el aire.

Varias horas después, en el aeropuerto desde donde los niños emprendieron su viaje, un grupo de padres esperaba a las puertas de la sala de recogida de equipaje.

—¡Ana Belén!, ¡Ana Belén! —Los padres de la niña la llamaban haciéndole gestos tras la puerta de cristal que se había abierto para el paso de los pasajeros que volvían a sus casas. A su lado estaban los papás y mamás de Josué y Jimona.

La niña llegó pálida hasta ellos.

—¡Ay mi niña!, ¡cuanto te he echado de menos estos cuatro días! —le dijo su mamá mientras la abrazaba fuertemente.

—¿Dónde están Josuá y Jimona? —preguntó la mamá de Josuá, extrañada porque los niños no estuvieran con su amiga.

Ana Belén no sabía qué decir.

—Venga niña, habla, ¿dónde están tus amigos? —le insistió la madre sin comprender la actitud de su hija.

Ana Belén estaba apunto de derrumbarse y contar la verdad, cuando de repente oyó que hablaban tras ella.

—¡Aquí!, ¡estamos aquí! —dijo Josuá apareciendo a la carrera, acompañado por Jimona.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó el padre de Jimona.

—¿Y vuestras maletas? —dijo el padre de Josuá, que observó que los niños no llevaban nada en las manos.

—Las hemos perdido —dijo Jimona a su padre.

—No te preocupes hija, lo importante es que estéis bien. ¡Venga vamos!, tenéis mucho que contarnos.

—¡Sí, eso!, tenéis mucho que contar —dijo Ana Belén de forma cómplice a sus amigos, deseosa de que llegara el momento en el que pudieran estar a solas.

